

JACK
HIGGINS



JUGAR  CON
FUEGO

Frank Barry ha acabado por convertirse en una alimaña. Se ha olvidado de sus antiguos ideales y ahora mata por el puro placer de matar. Más que un terrorista, es un sádico que disfruta causando el mayor daño posible. A diferencia de la mayoría de los terroristas, Frank Barry trabaja en la sombra, solapada, callada, inteligentemente, procurando pasar inadvertido. Pone el máximo cuidado en hacer imposible la tarea de quienes pretenden borrarlo del mapa. Al Servicio de Inteligencia británico le toca precisamente esa misión: liquidar a Frank Barry. El departamento correspondiente, el D15, llega a la conclusión de que sólo un hombre puede acabar con Barry: su antiguo compañero, el asesino Martin Brosnan. Hay un pequeño inconveniente. Brosnan está en una cárcel de máxima seguridad. Sin embargo, organizar una fuga es coser y cantar. Lo verdaderamente difícil será convencer a Brosnan para que colabore en la captura de un hombre con el que tiempo atrás había compartido ideales.

Una terrible circunstancia actuará en favor del Servicio de Inteligencia: la muerte, en espantosas condiciones, de Norah Cassidy, bonita muchacha de diecisiete años, antigua amante de Barry. Esa muerte inducirá a Brosnan a aceptar la misión. Se desencadena entonces una feroz caza del hombre, vibrante, vertiginosa, imprevisible, a través de Francia, Irlanda e Inglaterra... Una implacable persecución cuyas consecuencias ni siquiera pudieron sospechar los dirigentes del Servicio de Inteligencia británico.

A Margaret Hewitt

Entre dos grupos de hombres que quieren edificar mundos opuestos, no veo más remedio que la fuerza... Me parece que toda sociedad descansa sobre la muerte de los hombres.

Oliver Wendell Holmes

PROLOGO

VIETNAM, 1968

El helicóptero Medevac pendía sobre el delta a trescientos metros de altitud, escoltado por un Huey Cobra que se mantenía a su izquierda. Iba a llover; las nubes flotaban densas sobre la selva, a la distancia, y los truenos retumbaban en el horizonte lejano.

Dentro del Medevac, en un rincón, dormitaba Anne-Marie Audin, con la espalda apoyada en un cajón de provisiones médicas. Era una muchacha menuda, de piel olivácea y cabello cortado a la navaja al estilo masculino, como concesión a las condiciones de vida que imperaban en el frente de Vietnam. Llevaba un mono de camuflaje, con la cremallera baja, camisa de color caqui y los pantalones metidos dentro de las botas de paracaidista. El detalle más interesante lo proporcionaban las cámaras: dos Nikon colgadas de su cuello con correas de cuero. Los grandes bolsillos de su mono no contenían municiones, sino una variedad de lentes y rollos de película.

El joven enfermero arrodillado junto al jefe de tripulación la contemplaba con franca admiración. La mujer tenía desprendidos los dos primeros botones de la camisa, con lo cual dejaba entrever los pechos firmes, que subían y bajaban acompasadamente al ritmo del sueño.

—Hacía mucho tiempo que no veía algo así —dijo—. Toda una dama.

—Y qué dama, viejo. —El negro jefe de tripulación le pasó un cigarrillo—. No hay rincón donde esa muchacha no haya estado. Hasta saltó con los paracaidistas del 503, el año pasado. Lo que puedas imaginar, ella lo ha hecho. La revista *Life* le dedicó un artículo, hace seis o siete meses. Es de París, aunque no lo creas, y la familia es de ésas que posee una buena tajada en el Banco.

El muchacho abrió los ojos sorprendido.

Entonces, ¿qué diablos está haciendo aquí?

El negro sonrió.

—No me lo preguntes a mí, viejo. Ni siquiera sé qué estoy haciendo yo por estos lados.

—¿Tienen un cigarrillo? —preguntó Anne-Marie—. Parece que se me acabaron.

Sus ojos verdes eran lo más verde que nadie hubiera visto nunca, según se dijo el jefe de tripulación, mientras le arrojaba su paquete.

—Quédeselo.

Ella sacó uno y lo encendió con un antiguo encendedor de bronce, hecho de una bala. Luego volvió a cerrar los ojos, con el cigarrillo flojo entre los dedos. El muchacho tenía razón, por supuesto. ¿Qué estaba haciendo ella allí, cuando lo tenía todo en el mundo? Un abuelo industrial, de los más poderosos de Francia. Un padre que había sobrevivido en Indochina sólo para morir en Argelia, coronel de infantería condecorado cinco veces y caballero de la Legión de Honor. Un auténtico héroe; muerto, como corresponde.

La madre nunca se había recobrado del golpe; dos años después moría en un accidente de automóvil, cerca de Niza, y Anne-Marie solía pensar que, tal vez, había sido una deliberada maniobra lo que precipitó al Porsche desde la ruta de montaña aquella noche.

«Pobre niñita rica...», se dijo, torciendo la boca en una sonrisa irónica, sin abrir los ojos. Las casas, las fincas, los sirvientes, las buenas escuelas inglesas y, después, la Sorbona. Le había bastado un año en esa sofocante atmósfera

académica; sin olvidar los amoríos, por supuesto, y el breve coqueteo con las drogas.

Había sido la cámara lo que la salvó. Desde su primera Kodak, a los ocho años de edad, desarrolló un genio instintivo por la fotografía, que llegó a ser lo que su abuelo denominaba «su pequeño pasatiempo».

Se empleó como aprendiz en el estudio de uno de los mejores fotógrafos de modas de París, durante seis meses, tras lo cual ingresó en *Paris-Match*. En el curso de un año su reputación creció de modo asombroso. Pero eso no bastaba; cuando pidió que la asignaran a Vietnam, la gente se rió de ella.

Por tanto, renunció y se dedicó a trabajar de manera independiente. En una confrontación definitiva con su abuelo, lo obligó a utilizar su formidable fuerza política para conseguirle las credenciales necesarias del Ministerio de Defensa. Aquel día el anciano se encontró con una nueva Anne-Marie: una muchacha empecinada, que lo dejó sorprendido y admirado, a su pesar. Seis meses había dicho él, sólo seis meses; y ella lo había prometido sabiendo, sin sombra de duda, que no cumpliría esa promesa.

Y así fue, pues al acabar el plazo ya era demasiado tarde para regresar. Era famosa; su material se publicaba en las principales revistas de Europa y América. *Time*, *Paris-Match* y *Life* se disputaban el servicio exclusivo de esa francesita loca que había saltado con los paracaidistas en Kartum. La muchacha para la cual no había misión demasiado dura o demasiado peligrosa.

Tal vez no supiera lo que estaba buscando, pero descubrió lo que significaba la guerra, cuando menos en Vietnam. Nada que ver con las películas. Ni trompetas al viento, ni tambores distantes que hicieran palpar el corazón. Recordaba una salvaje lucha callejera en Saigón, durante la ofensiva del Tet. Los pantanos del Mekong, las selvas de las tierras altas centrales. Las úlceras en las piernas, que se

abrían paso como ácido hasta el hueso, dejando cicatrices que no desaparecerían jamás.

Todo lo cual la llevaba a ese momento. Una mañana en Pleikic, esperando bajo la lluvia, tratando de conseguir transporte hasta Din To, hasta que logró trepar al Medevac. Por Dios, estaba cansada, más cansada que nunca. Se le ocurrió, en ese instante, que tal vez había llegado al fin de algo. Frunció levemente el entrecejo. Entonces, el jefe de tripulación lanzó un áspero grito de advertencia.

Estaba asomado por la portezuela abierta, y señalaba una llama que ascendía al cielo, unos cientos de metros hacia el este. El Medevac viró y comenzó a descender, seguido por el Huey Cobra.

Anne-Marie se levantó y fue a asomarse junto al jefe de tripulación. En una esquina del arrozal los restos de un helicóptero, con varios cuerpos despatarrados a su alrededor. El hombre que les hacía frenéticas señas desde la acequia llevaba uniforme norteamericano.

El Medevac siguió descendiendo, mientras su escolta describía un círculo cauteloso. Anne-Marie fijó una lente en una de las Nikon y empezó a tomar una foto tras otra, apoyada contra el hombro del jefe de tripulación.

Él giró la cabeza para sonreírle. De pronto, la muchacha notó que el rostro enfocado por su lente no era norteamericano, sino vietnamita. Un par de pesadas ametralladoras asomaron en la selva, a cincuenta metros de distancia. Desde allí no podían fallar.

El jefe de tripulación no tuvo la menor oportunidad, asomado como estaba por la puerta abierta. Las balas lo arrojaron contra Anne-Marie, que cayó contra el cajón de provisiones medicinales. Ella apartó de un empujón el cuerpo inerte y se incorporó sobre una rodilla. El joven enfermero estaba acurrucado en un rincón, sujetándose el brazo ensangrentado. En ese momento, otra ráfaga de ametralladora barrió la cabina y se oyó el grito del piloto.

La joven se lanzó hacia adelante, aferrándose de una agarradera; en ese mismo instante, el aparato dio un giro violento y fue arrojada a través de la puerta. Cayó en el agua lodosa del arrozal, mientras el Medevac se elevaba ocho o diez metros en el aire, viraba bruscamente hacia la izquierda y estallaba en una gran bola de fuego. Los fragmentos y el combustible en llamas se esparcieron como trozos de metralla.

Anne-Marie logró ponerse en pie, cubierta de lodo y se encontró frente a frente con el hombre de la acequia; a pesar del uniforme norteamericano, era decididamente vietnamita. El fusil con que la apuntaba era un AK47 ruso. Más allá, media docena de vietcongs con sombreros de paja y pijamas negros salieron de la zanja y avanzaron hacia ella.

El Huey Cobra descendió sobre ellos, levantando barro a lo largo de la acequia con una descarga de sus ametralladoras, y los vietcongs retrocedieron hacia la zanja. Anne-Marie levantó la mirada. La máquina de combate parecía suspendida en el cielo. En ese momento aparecieron de cuarenta a cincuenta soldados regulares norvietnamitas, de uniforme caqui, al otro lado del arrozal, y abrieron fuego contra el aparato con cuanto tenían. El Huey Cobra avanzó hacia ellos, disparando sus cohetes, y los vietnamitas se dispersaron en rápida retirada hacia la selva, mientras la máquina se alejaba, unos cuarenta metros hacia el sur, para describir un círculo lento alrededor de toda la zona.

Anne-Marie, acurrucada en el fondo de la acequia, trataba de retener el aliento. Por fin se levantó, poco a poco. El silencio era total. Contempló la carnicería a su alrededor, el helicóptero incendiado, los cadáveres parcialmente cubiertos de barro y agua. Estaba sola en el punto de máximo peligro de su vida, y sólo podrían salvarla los refuerzos que pidiera el Huey Cobra. Hasta entonces, sólo le quedaba una cosa por hacer.

Las Nikon estaban llenas de lodo. Sacó otra lente de un bolsillo y abrió un rollo nuevo. Comenzó a tomar fotogra-

fías, avanzando con el agua a la rodilla y con los cadáveres arremolinados en torno de ella. Se sentía ajena, indiferente, como si nada tuviera que ver con todo eso. De pronto, al girar en redondo, se vio de frente a tres vietcongs que la observaban a quince o veinte metros de distancia.

Hubo un momento de perfecta inmovilidad; aquellos graves rostros orientales carecían de toda expresión. El del centro, un muchacho de quince a dieciséis años, levantó el AK47 y apuntó cuidadosamente. Anne-Marie, con el mismo cuidado, levantó su Nikon. «La muerte», pensó. La última fotografía. Un lindo muchacho de pijama negro. Por sobre ellos resonaron los primeros truenos; cayó la primera gota de lluvia, que enseguida se hizo un sólido chaparrón. A través del aguacero, se oyó un grito extraño: el grito del que no teme, del que está dispuesto a enfrentar los peores riesgos.

Los vietcongs giraron en redondo; por detrás de ellos emergió un hombre entre los altos juncos y se lanzó hacia el grupo como en cámara lenta. Una cinta caqui rodeándole la frente, el mono de camuflaje festoneado de granadas, el fusil M16 en las manos ya disparando, la boca abierta en un grito salvaje.

Anne-Marie volvió hacia él la cámara en un movimiento reflejo y siguió accionando el disparador, mientras el soldado disparaba desde la cadera. Volteó a uno, luego a dos, y el M16 quedó vacío. Alcanzó al muchachito, que seguía disparando tercamente sin dirección. La culata del fusil describió un violento arco y el chico cayó.

El salvador no se molestó siquiera en recargar el arma. Se limitó a tomarla de la mano y echó a correr hacia los juncos, chapoteando en el agua.

Se oían voces y más disparos detrás de ellos, en la acequia. Anne-Marie sintió como un puntapié en la pierna izquierda: nada más. Y volvió a caer. Él giró, introduciendo un cargador en el M16, y barrió la zanja con una descarga. Reía. Eso era lo más terrible. Ella trataba de levantarse, mi-

rándolo. Cuando el hombre alargó una mano para levantarla, la muchacha tomó conciencia de una energía, una fuerza salvaje jamás percibida. Un momento después estaba de pie y ocultándose tras los juncos.

La había llevado hasta un pequeño banco de barro, que sobresalía del agua. Cortó la tela del pantalón con un cuchillo y revisó la herida.

—Tienes suerte —le dijo—. Atravesó la carne. Parece un M16; un AK te hubiera roto el hueso.

Le aplicó un vendaje de emergencia y le inyectó una ampolla de morfina, agregando:

—Te va a hacer falta. Las heridas de bala nunca duelen al principio. Demasiado *shock*. El dolor viene después.

—¿Experiencia propia?

Él sonrió irónico.

—Más o menos. Te daría un cigarrillo, pero he perdido el encendedor.

—Yo tengo uno.

Él abrió un paquete de cigarrillos, se puso dos en la boca y cerró cuidadosamente el envoltorio, mientras ella sacaba el encendedor de bronce. El muchacho le puso uno de los cigarrillos encendidos entre los labios y se dedicó a examinar el aparatito.

Rusa de 7.62 mm. Esto sí que es interesante.

—Era de mi padre. En agosto del 44 salvó a un coronel alemán paracaidista que estaba a punto de ser fusilado por guerrilleros. El coronel le dio ese encendedor como recuerdo. Luego lo mataron en Argelia, a mi padre, quiero decir. Después de sobrevivir a aquello.

—Qué te parece esa ironía.

Él le devolvió el encendedor, pero Anne-Marie, por algún motivo que no hubiera podido explicar, dijo:

—No, quédatelo.

—¿Como recuerdo?

—*Memento mori* —observó ella—. Jamás saldremos con vida de aquí.

—Oh, no sé. Ese Cobra sigue en la zona. Yo diría que la caballería llegará en veinte minutos, como en la Metro Goldwyn Mayer. Justo a tiempo. Conviene hacerles saber que no están haciéndolo por nada.

Sacó una pistola de señales de un bolsillo lateral y disparó una señal roja al cielo.

—¿No pensarán que son los vietcongs jugando sucio otra vez?

—No creo. —Disparó otra señal roja y enseguida una verde—. Los colores del día.

Anne-Marie sintió un leve dolor en la pierna.

—Bueno, ahora saben dónde estamos. Los vietcongs, digo.

—Ya lo sabían.

—¿Y vendrán?

—Yo diría que sí.

Limpió con un trapo el M16. Ella levantó la Nikon y enfocó. Después se enteraría de que el joven tenía veintitrés años y medía casi un metro ochenta; las anchas espaldas y el pelo oscuro, sostenido por la cinta, le daban un aspecto de guerrero del siglo XVI. Su piel se tensaba sobre los huesos célticos; una barba rala le sombreaba las mejillas huecas y la barbilla, fuerte y puntiaguda. Pero el rasgo más notable lo constituían sus ojos grises, como agua sobre piedra: tranquilos, inexpresivos, llenos de secretos.

—¿Qué graduación tienes? —preguntó ella.

—Exploradores de la aviación. Sargento Martin Brosnan.

—¿Y qué pasó aquí?

—Una gran imbecilidad de nuestra parte. Esos astutos campesinos, que nos llegan a la cintura, nos atraparon de un modo muy parecido al que usaron con vosotros. Íbamos rumbo a Din To, tras haber sido recogidos después de una patrulla de rutina. Eramos catorce, más la tripulación. Ahora sólo quedo yo. Tal vez quede alguno con vida por ahí.

Ella sacó varias fotos más. Brosnan la miró con el entrecejo fruncido.

—No puedes parar, ¿verdad? Como dijo ese tipo en el artículo de *Life*, el año pasado. Es obsesivo. Dios mío, estabas a punto de tomarle una fotografía a ese chico. ¡Iba a matarte!

Ella bajó la Nikon.

—¿Sabes quién soy?

Él sonrió.

—¿Cuántas fotografías han llegado a la cubierta de *Time*?

Encendió otro cigarrillo y se lo pasó. Algo en su voz la intrigaba.

—Brosnan —repitió ella—. No conozco ese apellido.

—Irlandés —explicó él—. Del condado de Kerry, para ser exacto. Difícilmente lo encuentras en otra zona de Irlanda.

—Francamente, me pareció que eras inglés.

Él la miró fingiendo espanto.

—Mi padre se revolvería en la tumba y mi madre sería capaz de escupirte a la cara, aunque es toda una dama. Somos auténticos irlandeses americanos, de Boston. Los Brosnan emigraron durante la hambruna, hace mucho tiempo. Todos protestantes aunque te parezca mentira. Mi madre nació en Dublín y es una buena católica; nunca le perdonó a mi padre que no me criara en esa fe.

Ella comprendió que Brosnan hablaba para distraerla, a fin de que no pensara en su situación, y eso le inspiró afecto.

—¿Y tu acento? —inquirió.

—Oh, lo adquirí en la escuela secundaria apropiada, en mi caso Andover, y en la correspondiente universidad.

—Déjame adivinar. ¿Yale?

—Toda mi familia estudió allí, pero yo decidí probar en Princeton, considerando que en ella estudió Scott Fitzge-

rald y que tenía pretensiones de ser escritor. Me gradué el año pasado. Literatura y gramática.

—Ajá. ¿Y qué hace un nene universitario en Vietnam, prestando servicio en el grupo más aguerrido del ejército?

—Eso mismo suelo preguntarme yo —dijo Brosnan—. Estaba decidido a preparar el doctorado cuando encontré a Harry, nuestro jardinero, llorando en el invernadero. Le pregunté qué pasaba y se disculpó; dijo que acababan de darle la noticia de que Joe, su hijo, había muerto en Vietnam. —Brosnan había dejado de sonreír—. Lo peor es que le habían matado al otro hijo en el Delta, el año anterior.

Se produjo un denso silencio. La lluvia caía a torrentes.

—¿Y entonces?

—Mi madre lo llamó y le dio mil dólares. Lo recuerdo bien porque, en ese momento, yo tenía puesta una chaqueta que me había costado ochocientos en Londres. Y él, tan agradecido...

Sacudió la cabeza. Anne-Marie agregó, suavemente:

—Y entonces te decidiste por un gran gesto.

—Me hizo sentir vergüenza. Y yo soy de los que cuando sienten, actúan. Soy muy existencialista.

Volvió a sonreír.

—¿Y qué te parece esto?

—¿Vietnam? —Se encogió de hombros—. El infierno.

—Pero ¿te diviertes? Parece que tienes aptitudes para matar. —El joven había vuelto a ponerse serio; sus ojos grises parecían alerta. Ella prosiguió—: Disculpa, amigo, pero me dedico a las fisonomías, justamente.

—No estoy tan seguro. Soy muy apto, eso sí. Aquí no hay más remedio. Hay que ser de los buenos. El amarillo que se te acerca siempre tiene un revólver en la mano y uno quiere volver a casa para Navidad. ¿No te parece?

El silencio fue largo. Por fin él agregó:

—De una cosa estoy seguro: ya tuve suficiente. Mi plazo termina en enero, y no veo la hora de que llegue la fecha. ¿Recuerdas lo que decía T. S. Eliot, sobre el corredor que

no cruzamos hacia la puerta que nunca abrimos para salir a la rosaeda? Bueno, de ahora en adelante voy a abrir todas las puertas que encuentre.

La morfina ya estaba surtiendo efecto. El dolor había desaparecido, pero sus sentidos también habían perdido agudeza.

—¿Y después? —preguntó ella—. ¿Volverás a Princeton para terminar el doctorado?

—No. Lo he pensado mejor. Quiero ir a Dublín, al Trinity College. Paz, tranquilidad. Buscar mis raíces. Hablo irlandés bastante bien; mi madre me obligó a aprenderlo de chico.

—¿Y qué más? —insistió ella—. ¿No te espera ninguna muchacha?

—Sólo unas dieciocho o veinte, pero preferiría sentarme en uno de esos cafés de París, a beber Pernod, y tenerte al lado, enfundada en un vestido exclusivo.

—Y la lluvia, amigo —agregó Anne-Marie, cerrando los ojos, adormilada—. Eso es absolutamente necesario, para que podamos oler los castaños mojados. Es un detalle indispensable en París.

—Si tú lo dices...

Las manos de Brosnan apretaron el M16, al percibir un movimiento entre los juncos a poca distancia.

—Oh, claro que sí, Martin Brosnan. —La voz de la muchacha era completamente soñolienta—. Sería un inmenso placer servirte de guía.

—Trato hecho, entonces —aseguró él, entre dientes. Y se incorporó bruscamente sobre una rodilla para disparar hacia los juncos. Se oyó un grito estridente y, de inmediato, una larga ráfaga de ametralladora a modo de respuesta. Algo golpeó a Brosnan bajo el hombro izquierdo, haciendo que cayera hacia atrás, cruzado sobre la joven.

Ella se agitó débilmente. El muchacho se incorporó y disparó con una sola mano contra el hombre que se aproximaba entre los juncos, sin perder la sonrisa. Una vez descargado el M16, lo arrojó contra la cara del último hombre